

BELLASSAI, Sandro: *La morale comunista pubblico e privato nella rappresentazione del PCI*, Carocci, Roma, 2000, 382 págs.

La distancia entre lo público y lo privado en la teoría y en la práctica de los partidos comunistas ha sido siempre muy poco perceptible. Hasta ahora la historiografía no se ha dedicado a investigar los mecanismos de interacción entre estas dos dimensiones marcando las zonas de superposición y de intersección. Este libro sobre la moral comunista en Italia se acerca a este tema a través de una investigación muy pormenorizada. Analizando la relación entre la esfera pública y privada en la cultura comunista, el autor pone en evidencia el compromiso del PCI para construir una verdadera «ortodoxía de lo privado», una representación de la esfera personal y familiar de la dimensión cotidiana que constituye una constante en la actividad política de los militantes. El autor concentra su atención sobre temas muy poco abordados por el debate ideológico y también por la elaboración teórica del PCI como la dimensión familiar de la vida cotidiana, la identidad de género y la educación de la infancia. Bellassai delinea un cuadro contradictorio entre la dimensión ideológica y «cosmológica» del mensaje comunista y el nivel cultural y mental muy propio de los contextos sociales en los que el PCI desarrollaba sus redes organizativas y de sociabilidad. En esta perspectiva, *la moral y la moralidad* formaban parte de un campo tan vasto como poco homogéneo sobre el que el partido, según el sentido gramsciano de «intelectual colectivo», podía ejercer una gran influencia normativa y pedagógica.

Esta relación se reconstruye a través del análisis de prensa, sobre todo periódicos y revistas del mismo partido y boletines de instrucciones y directivas para las federaciones y los propagandistas. Bellassai centra muy bien lo que él mismo define como «la relevancia cultural de la organización». A través de un interesante análisis del debate interno y de la literatura sociológica, el autor evidencia el nexo orgánico que existía entre la dimensión organizativa y cultural del partido y el papel que éste tenía en el horizonte estratégico de conseguir la hegemonía política y social. Si utilizamos las categorías de Louis Dumond —en sus ensayos sobre el individualismo— el PCI tenía una concepción olística de la política que trataba de disolver la sociedad civil en el partido. Para entender esta relación conviene recordar las reflexiones de Emilio Gentile sobre la relación entre estado, sociedad civil y partido bajo el régimen fascista y más en particular en el objetivo fascista de fundar una «relación entre mito y organización» institucionalizando un sistema de creencias, símbolos, conceptos y valores políticos homogéneos en función del ejercicio de una «relación pedagógica» como base de cada relación hegemónica. El valor pedagógico —como

analiza Bellassai— se desarrollaba no sólo en la relación interna entre militante y partido sino, sobre todo, en una proyección externa, creando una ósmosis con la cultura y el sistema de normas que constituía la estructura de la base social. Sin embargo, el PCI fue progresivamente abandonando su proyecto de construir un sistema totalizador de valores y de ideas para asumir como verdadero objetivo el «control» de la tensión dialéctica interior-exterior, transformándose de Gran Pedagogo en Gran Mediador entre el ser y el deber ser de los militantes, entre el hombre nuevo comunista y el individuo real. Todo esto confirma algo ya evidenciado por la historiografía francesa, que describe el PCI como vector de identidad. Esto contribuye a redimensionar la presunta «originalidad» del comunismo italiano. Como ha dicho Marc Lazar, en su dimensión antropológica el plan hegemónico-pedagógico del PCI sugiere la imagen de un «totalitarismo no acabado». La sociedad, que paradójicamente se convirtió en la «primera línea» del partido durante la Resistencia, al final constituyó por un lado el punto de partida para llevar a cabo el proyecto hegemónico del PCI y por el otro, el principal obstáculo en contra de la difusión de modelos ideológicos homogéneos y coherentes. La moral comunista se configuró como un sistema influido por una pluralidad de lenguajes y sentidos propios de la vida cotidiana que pertenecían a la esfera de la colectividad, a la que el partido se dirigía en una continua tensión entre modernidad y tradición, entre la política como una construcción racional y los elementos pre-políticos y pre-religiosos del sentir común y aún entre la moral anti-burguesa y «el sueño norteamericano». El paradigma de los comunistas italianos «del retraso y de la conciencia de clase» muy a menudo pasó a un segundo plano. Fue reemplazado por lo que Gramsci llamó de manera muy sugerente «el folklore de la filosofía».

El comunismo italiano desarrolló una actitud muy cercana a los valores mayoritariamente compartidos por la sociedad italiana, en gran medida influídos por la tradición del catolicismo, caracterizada por el rigor ético-moral, la defensa del valor de la familia, el puritanismo, la concepción típica del siglo XIX de la educación patriótica y civil, el confort y la idea de «bienestar». Todo esto se nota aún más si analizamos desde este enfoque las relaciones de género. Sobre la participación política femenina —escribe Bellassai— la línea del partido es la de fomentar su participación sin titubeos, en cambio, por lo que se refiere a determinados ámbitos del poder masculino, muchas representaciones confirman la configuración patriarcal de las relaciones entre hombres y mujeres. En tres distintos momentos, todo esto sobresale con más fuerza: primero en el caso de los posibles cambios de relación de género, consecuencia de los procesos de modernización, segundo con referencia a la «doble moral» sexual y para terminar.

nar con la de la indiscutida sumisión de la mujer a su marido. El otro momento en el que los símbolos de la ortodoxia comunista empiezan a quebrantarse se produce cuando la sociedad comienza a sucumbir ante la perversa americanización de lo cotidiano. El progreso material de corte norteamericano y consumístico —en la lectura comunista— se convertirá en bienestar sólo si se conecta con una lógica de interés por lo colectivo. Todo esto era parte de un proyecto utópico de consumismo sin capitalismo, que nunca se había sustentado en bases analíticas y críticas serias.

Bellassai elige como momento clave de este proceso la fecha de 1956. Es, sin duda, demasiado pronto para poder comprender los procesos de adaptación de la cultura comunista a las transformaciones culturales y morales causadas por los procesos de modernización y secularización durante y después del «boom económico», cuando Italia se encontraba por un lado involucrada en importantes procesos de fragmentación cultural y por el otro, sometida a fuertes tensiones en dirección a la unificación y homogeneización social. Estos procesos llevaron por un lado hacia una gradual erosión de la dimensión colectiva de la vida social y su recomposición en un mosaico de necesidades y modelos de comportamiento más individualizados y por el otro hacia la sustitución de las tradicionales fuentes de valores y de autoridad con nuevos ídolos y nuevas formas de comportamiento social.

ANDREA GUIZO